

I'll follow you

Maike Márquez

A hand holding a seashell over water with bokeh lights. The background is a dark, teal-colored water surface with ripples and glowing bokeh lights in shades of yellow and orange. The text 'I'LL FOLLOW YOU' is centered in white, serif font.

I'LL FOLLOW YOU

MAIKE MÁRQUEZ

Capítulo 1

I'll follow you

Sobre el escritorio había visto una pluma Mont Blanc, sabía que se trataba de ella por el distintivo blanco en la punta, la estuve observando por largo rato mientras esperaba a que él se hiciera presente...

Recuerdo haber pensado que no era la clase de objetos que uno se deja olvidados ante la presencia de un extraño. Considerando que él sabría en qué momento la había dejado ahí, en caso de que alguien la tomara, sabría perfectamente quién lo hubiese hecho. No era extraño suponer que estuviese tan confiado.

La habría robado si hubiese sabido a lo que venía. No porque robar me parezca algo divertido, sino porque jamás he robado algo hasta ahora y pudo ser una buena oportunidad. Tampoco es que un bolígrafo de ese calibre me haga falta, pero me sabía a coraje con desesperación, y una pizca de adrenalina le habría sentado bien al corazón.

Me pareció que el día se había nublado repentinamente; pero creo que las nubes sólo estaban en mi cabeza, y tal vez quería que el día se deprimiera tanto como yo lo había hecho en ese preciso momento.

Las imágenes proyectadas en aquel monitor me eran apenas comprensibles. En realidad no había mucho qué entender; lo único que tenía seguro era que desde el día uno había anunciado su llegada, y yo no había considerado aquella posibilidad.

Se cancelaban la boda y los hijos; los viajes a lugares lejanos y exóticos; también las discusiones insignificantes que te hacen maldecir al otro, sólo para terminar olvidando porqué había iniciado la pelea; las temporadas futuras de mis series favoritas, y el plan perfecto de acudir a algún concierto de algún artista desconocido, sólo para reclamar el reembolso de la entrada. En fin, mi vida estaba cancelada.

Mis manos habían conseguido guardar aquel disco compacto en la bolsa de mano. Como si nada hubiese ocurrido. Como si no sintieran miedo.

¿Miedo?, ¿a qué? Si lo pusiera en perspectiva en aquel momento, las malas noticias representaban al mismo tiempo una invitación a renunciar a todo lo que odiaba. El problema radicaba en que también me exigía renunciar a todo lo que amaba.

Capítulo 2

I

En casa, la cama aguardaba acogedora; como si ya estuviera preparada para la noticia, como si ella se hubiera enterado antes que yo. Estaba lista para recibirme y protegerme de este tibio infierno, así lo sentía yo.

Y lo llamo tibio porque, a pesar de no tener alternativas, aún no estaba todo dicho en materia de tiempos y acontecimientos.

¿Llamaría a mi madre para darle la noticia? No es la clase de noticias que uno disfrute difundir, pero no hacerlo tampoco me parecía justo. ¿Esperaría hasta que fuera demasiado evidente? Parecía la mejor opción, pero entonces sería injusta con la persona que me dio la vida al quitarle el derecho de estar conmigo en las mejores condiciones antes de que todo se fuera al carajo.

El sol cambió de posición, hasta que ya no pude encontrarlo.

Escucharlo preguntar qué había de cenar era justo lo que necesitaba en este momento. Pensé que al menos debía recordar que había ido a ver al médico; aunque pensándolo bien, tampoco tendría una respuesta en caso de que él quisiera saber.

La almohada era muy suave como para soltarla, se sentía bien abrazarla. Me hubiera gustado que le crecieran brazos para devolverme el gesto.

El ruido de las botellas en el refrigerador me resultaba molesto, qué ganaba abriendo y cerrando aquella puerta una y otra vez.

Su "sutil" manera de pedir que le preparase algo de cenar, había resultado convincente. Salir de la cama aquella noche me había sabido a abandono. Pero en ese momento, la que se sentía desprotegida era yo.

Había sobrado pollo asado del día anterior y la lechuga todavía parecía bastante fresca. Hasta un niño hubiera podido trocearla y añadir el pollo sobre ella; pero aquí estaba yo, preparando una ensalada para mi niño de 39 años. Y pensar que decían que una debía buscarlos grandes para agarrarlos "más maduros", con eso de que los hombres se "tardan en madurar".

Hoy hubiera preferido tener un aguacate, al menos uno maduro me habría dejado un mejor sabor de boca.

Coloqué el plato sobre la mesa con la esperanza de que él pudiera hacerse de un tenedor.

— ¿Tú no vas a cenar?— lo escuché preguntar. Al menos parecía interesarse por mis hábitos alimenticios.

—No tengo hambre.

Más bien no estaba de humor, ¿preguntaría cómo había ido todo con el doctor?

La cama parecía estar dispuesta a recibirme de nuevo. Me pareció sentirla aún tibia. Me arremoliné entre las cobijas y volví a abrazar mi esponjosa almohada amarilla. Me pareció escuchar algún partido de fútbol americano de fondo; pero ahora mismo me daba igual lo que aquello fuera.

Cerré los ojos con la esperanza de caer dormida; pero la idea constante de que, posiblemente no había escuchado bien al médico y me encontraba armando un drama, me acechó hasta hacerme abandonar la cama una vez más.

Tomé el sobre blanco en el que estaban mis estudios junto con la receta médica que había olvidado surtir por la desesperación que sentía por llegar a casa. Recordé que había olvidado reportarme enferma en el trabajo, pero supuse que los del seguro ya habrían dado aviso de la situación.

Me encerré en el baño y con las manos temblorosas discutí con ese sobre hasta que gané la batalla desgarrándolo por la mitad. Aquel temblor no había sido miedo, sino una ansiedad esperanzada de haber escuchado mal lo que el médico había dicho.

Y entonces la vi ahí de nuevo, sólo que ahora estaba en una placa semejante a una radiografía. La misma mancha que había visto en el monitor del consultorio mientras las palabras del doctor se habían tornado ruido de fondo.

En la receta sólo había analgésicos y antieméticos; supongo que esto no se quita con antibióticos, pensé. En realidad no entendía mucho de lo escrito en la hoja de resultados, pero me quedaba claro que noticias buenas, no eran.

Me abracé a mí misma y ahogué el llanto que buscaba escapar. Me lo había tragado toda la tarde así que aguantar hasta caer dormida no parecía un mayor problema. Me incorporé y caminé hasta el lava manos,

tenía que limpiar mi rostro; mojé mis párpados hasta que mis ojos parecían estar refrescados. Mi reflejo mostraba una imagen de mí que no correspondía con la forma en que me sentía.

Abandoné el cuarto de baño y oculté el sobre bajo la cama. Ya lo recuperaría cuando llegara el momento de dar explicaciones. Me acomodé en la cama y fingí estar dormida para evitar tener que conversar con Sam.

Odiaba eso, tener que inventar conversaciones para hacerle sentir que su presencia me resultaba importante, ¿es que acaso se piensa que compartir el silencio es muestra de ausencia de cariño?

Justo ahora no quería hablar, sólo quería que alguien me abrazara y me dijera que todo estaría bien; y que, si no lo estaba, aun así yo no estaría sola.

Pensar en ello me hacía reflexionar sobre el tipo de relación que tenía con Sam. ¿Me gustaba?, ¡claro que me gustaba!, pero justo en este momento ver su rostro no me resultaba reconfortante.

¿Lo quería?, yo pensaba que así era, de no quererlo jamás habría cambiado mi apartamento al sur de la ciudad, para vivir con él teniendo que recorrer media ciudad cada día para poder llegar al trabajo. Y pensar que no había tenido el valor de confesarle lo que me había pasado, me hacía darme cuenta de que en realidad no confiaba en él.

Así que esa era nuestra relación. Una convivencia entre dos personas que se la pasaban bien juntas, y compartían gustos y amigos; una relación que de tanto pasarlo bien, me hacía dudar de que tuviéramos la capacidad de superar las adversidades juntos. Si esto era una especie de ejercicio a superar antes de pensar en el matrimonio, me parecía una prueba cruel. Un "él no es para ti" me hubiese bastado.

El reloj marcaba las 2:30 cuando él llegó a la cama. Se arrebujó entre las cobijas deslizándolas sobre mi cuerpo; ahora entendía cómo funcionaba eso de acostarme cubierta y despertar sin cobijas. Hoy, hasta eso me deprimió. Esperé a que se durmiera, y cuando le escuché roncar me dirigí a la cocina.

Necesitaba algo de vino, me habría bebido el aguarrás si lo hubiera encontrado. El suicidio también era una opción, aunque no lo había considerado con tanta seriedad como a partir del momento en que leí el pronóstico:

Me quedarían tres meses si todo salía "bien".

A la mañana siguiente renuncié a mi trabajo, no tenía ningún sentido seguir haciéndolo. ¿Qué iba a hacer? ¿Pretender que todo estaba bien y esconderme para vomitar cuando fuera necesario?

Ningún salario vale eso. Yo quería dormir, quería recostarme y esperar que pasara lo que tuviera que pasar, siempre que no fuera doloroso.

Me entregarían el pago de lo que llevaba del mes, a la semana siguiente; no di muchas explicaciones, "problemas personales" fue suficiente para que en recursos humanos aceptaran mi renuncia. Si me iba a morir de cualquier forma no necesitaría el seguro médico.

Me fui "de compras", pero terminé vagando por los pasillos curioseando los productos y preguntándome qué sentido tendría comprar todas esas cosas ahora. De pronto todo había perdido el sentido.

Pasé a la tienda de conveniencia y compré dos cajas de cerveza. Desde que Sam y yo empezamos a salir no había bebido una cerveza, por considerarla "poco elegante". Sam era un sujeto de licores, le gustaban los vinos caros y consideraba los cócteles como un sacrilegio producto de la ignorancia de los "bebedores sociales".

En realidad creo que había sido un capricho mío el tener una relación con él. Su mundo y mi mundo no podían ser más diferentes.

Él había crecido en el seno de una familia acomodada, poseedora de un rancho y una casa de playa en California. Había estudiado en Boston y pasaba la temporada navideña en Nueva York o Londres, dependiendo de en dónde habría mejores eventos. Lo imaginaba cenando con una copa de vino todas las noches y escogiendo su ropa para cada temporada en un catálogo personalizado.

Yo había crecido en lo que yo llamaba una "familia normal". Mi padre trabajaba todos los días en una oficina de gobierno, y mi madre tomaba pedidos de postres y pasteles para ocasiones especiales. Mi hermano mayor había fallecido en un accidente automovilístico cuando yo tenía 13 años, y desde entonces había tenido que hacer que su ausencia no fuera tan profunda. Aunque su ausencia era significativa sin importar lo que yo hiciera. Había tenido que suplicar mucho y recaudar fondos vendiendo galletas para convencer a mis padres de que me compraran un perro. El mismo perro que había envejecido y muerto lejos de mí cuando había tenido que acompañar a Sam a un "viaje de negocios" de su padre.

Las hamburguesas de mi hermano eran lo más esperado del verano y había bebido mi primera cerveza a los 15 años con la autorización de mis padres.

La muerte de Chris había sido lo peor que nos había ocurrido como familia. Nunca pude perdonar al sujeto que estrelló su auto contra el de Christopher. Para haber sido el mejor amigo de mi hermano, el emborracharse y terminar matándolo me parecía una muy mala pasada.

Antes de conocer a Sam esa era mi definición de una familia normal, mi definición de todo lo que yo quería para mi vida. Pero Sam me impresionó; siendo una chica de Santa Mónica, lo mejor que te podría pasar en la vida era encontrarte con alguna celebridad, y Sam tenía ese aire de persona importante, tenía "presencia".

La primera vez que lo vi; su auto había presentado un desperfecto y buscaba un teléfono público para solicitar asistencia. El teléfono del restaurante en donde yo trabajaba era de monedas y él no tenía cambio. Tuve que prestarle mi teléfono móvil preguntándome porqué alguien como él no portaba un celular.

Gastó el tiempo de espera por la grúa haciéndome la plática, me pareció encantador desde que lo vi cruzar la puerta, y el hecho de poder conversar con él era como si una de esas fantasías de infancia se hicieran realidad. Claro estaba que, lo más probable, era que buscaba ser amable con la persona que le había facilitado un móvil, pero a mí me emocionaba de cualquier forma.

Por su acento supe que no era de California. En aquel momento nunca hubiera imaginado que tendría una relación con él. Cuando empezó a ir a comer sólo cuando yo estaba en turno me pareció que había llegado el momento de preguntar.

Jamás fue específico al respecto, pero empezó a acompañarme a casa después del trabajo, y un buen día ya estábamos tomados de las manos. Era verano, y cuando terminara esperaba no volverlo a ver, él regresaría a su vida en donde quiera que ésta estuviera.

Él me ayudó a conseguir un lugar en la universidad que, en ese momento, yo creí que era la que yo quería. En realidad era la que le permitía a él continuar con sus actividades sin tener que pensar en un amor a distancia. "Esas cosas no funcionan" había dicho, y a mí todo me parecía bien siempre que pudiera permanecer a su lado.

Vivimos un tiempo en Nueva York hasta que sus negocios le hicieron moverse al oeste. San Diego sería nuestro nuevo hogar, yo estaba feliz porque estaría más cerca de mi familia, y pensaba que podría verlos cada fin de semana. Pero con un mejor trabajo vienen también más compromisos sociales y nuevas responsabilidades.

Apenas tenía tiempo para mí y en mi afán de estar "a la altura de las circunstancias", decidí demostrarle que yo también podía crecer

profesionalmente. Busqué un empleo y un apartamento; no quería que pensara que esta relación me resultaba conveniente; no podía con la idea de que él creyera que me interesaba su dinero y no su cariño. De cualquier forma, no pasó mucho tiempo antes de que me convenciera de vivir juntos y nos convertimos en lo que muchos llaman una pareja "ejecutiva"; o lo que yo veo como dos adultos que viven bajo el mismo techo y platican del trabajo mientras cenan, y tienen sexo ocasional que pasó de ser fantástico a monótono y programado para no arruinar nuestros "horarios".

Pero aun así no puedo evitar sonreír cada vez que lo veo, vivo enamorada del hombre que duerme a mi lado y aún no se decide a pedir mi mano...

No había nadie en casa, lo único desordenado era nuestra habitación, con tanto color blanco y marfil me sentía como en un museo. Arrojé mis zapatillas al centro de la sala y tomé asiento en la barra de la cocina. Bebería mis cervezas mientras me deleitaba con la minimalista y ordenada vista de en lo que me había convertido.

El piano de cola se veía precioso con el ventanal de fondo, era una lástima que ninguno lo hubiera tocado desde que habíamos llegado aquí. Demasiado trabajo para una canción.

En algún momento encontré la botella de whisky, Sam dijo que cuando me encontró había pensado que alguien me había atacado porque había vidrios de botellas por toda la sala y yo estaba inconsciente en el pasillo.

Debo haber tenido una fiesta genial yo sola, pero me la perdí por estar demasiado ebria.

En sus términos, yo "daba lástima" en ese estado; él pudo haberme preguntado por qué había actuado de esa forma pero prefirió reprenderme, para después informarme que tendría que limpiar el desorden una vez que me sintiera mejor. Me sentía como una niña castigada, y lo peor es que no sabía cuándo me "sentiría mejor".

Estuve dormida hasta que Sam me despertó inquiriendo sobre el trabajo. Al parecer había llamado para reportarme enferma y le habían informado que ya no trabajaba ahí.

¿Desde cuándo?, ¿qué pasó?, ¿me habían despedido o había renunciado? Tantas preguntas y mi cabeza no daba ni para dar los buenos días en ese momento.

—Eres un desastre, hablaremos cuando vuelva —le escuché decir antes de marcharse.

¿Un desastre?, todavía no se hacía una idea.

La reacción de Sam me hizo pensar que no tendría lo que se necesitaba para acompañarme en esta "nueva aventura".

Me recosté y caí en un profundo sueño, pude ver a mi hermano jugando conmigo en la playa. Probablemente fue un recuerdo y no un sueño, pero me hubiese encantado quedarme en ese estado por el resto de mi vida.

Despertar en esa enorme cama rodeada de paredes blancas me hizo sentir una profunda soledad. Las náuseas no tardaron mucho en presentarse y terminé vomitando por un periodo de diez minutos. Esta vez no hubiera podido saber si vomitaba por el alcohol o por mi condición.

De acuerdo a lo que había alcanzado a escuchar de mi doctor, vomitar se convertiría en una de mis actividades favoritas de ahora en adelante.

Lavé mi rostro una vez que me sentí con más fuerza y salí a buscar algo para comer, después de todo no había comido nada el día anterior y me sentía hambrienta.

Sam había dejado media charola de sushi y un poco de arroz; de haber sabido que tenía sushi me habría ahorrado el prepararle la cena. Sabía que no regresaría a buscarlo y me lo comí.

La vista a mí alrededor era un auténtico campo de batalla. A juzgar por la cantidad de trozos de vidrio cualquiera diría que había bebido más botellas de las que compré. Coqueteé con la idea de llamar a alguien para que me ayudara a limpiar, pero terminé haciéndolo yo misma. Creo que quería sentirme útil antes de terminar convirtiéndome en un lastre.

Sabía que tenía que informar a mi familia de la situación lo antes posible, pero no sabía cómo hacerlo. Después de todo qué se supone que debes decirle a tus padres, más aun sabiendo que sus corazones ya llevaban una herida profunda. Anunciarles que me encontraría con mi hermano antes que cualquiera de ellos, no es precisamente algo que dé gusto decir. Pero no decirlo me resultaba igualmente doloroso...

Llamé a mamá para anunciarle que iría a Santa Mónica. Si iba a darle una mala noticia, al menos no la haría viajar. La escuché feliz, desde que Sam y yo estábamos juntos los había visto en muy pocas ocasiones.

No hablamos mucho, de hecho acordamos que hablaríamos una vez que pudiéramos estar frente a frente. No le di una fecha, sólo dije que iría a verla.

Al colgar el teléfono caminé hasta la habitación y empecé a empacar mis cosas. No era muy consciente de lo que estaba guardando, sólo quería

escapar.

Recordé las extrañas siglas que había visto en mi diagnóstico y las busqué en internet. Si iba a darle las malas noticias a mi familia lo mejor sería ir informada de lo que me pasaba, no quería decirles que dejé de escuchar al médico cuando lo escuché decir "cáncer".

Mejor no hubiera leído nada...

Terminé abrazándome a una almohada y perdiendo una hora de mi vida llorando como una niña pequeña. Pero estaba decidido: iría a ver a mi familia y les diría que los amaba más que a nada en el mundo, más que a Sam.

Quería estar con mi mamá.

Capítulo 3

II

Santa Mónica no había cambiado demasiado; y aun así, se sentía diferente.

Caminar por tantos lugares conocidos me hizo sentir nostalgia. ¡Cuántas historias había vivido aquí!, y cuántas más ya no podría contar...

Caminé hasta que anocheció, había venido decidida a ver a mi familia y me había acobardado a medio camino. ¿Cómo lastimarlos de esta manera?, no sería justo.

Las luces de los juegos mecánicos se reflejaban hermosas sobre la superficie del mar. Caminé hasta la punta del muelle y dejé correr las horas hasta que estuvo silencioso.

Ahí estaba yo, disfrutando del sonido de las olas cuando el llanto me ganó y repetí la escena de mi habitación sólo que ahora me hacía falta la almohada.

Me sentía sola y confundida, tenía miedo por lo que me ocurriría y no sabía cómo haría para enfrentarlo. Después de todo a mí nadie me había preguntado si estaba lista para algo así.

Me incorporé y mis manos tomaron con fuerza la baranda que me separaba del agua, el viento soplaba con fuerza agitando mi cabello, en realidad no pensaba en nada en particular cuando sentí unos brazos alrededor de mi cuerpo y escuché una voz angustiada decir:

— ¡No saltes!

Sus brazos eran fuertes, mis manos intentaron liberarse de su abrazo pero fue inútil, era demasiado fuerte para mí. Me sentí angustiada, no había duda de que se trataba de un hombre y estando solos, no habría manera de pedir ayuda en caso de que quisiera dañarme.

—No importa lo que sea, seguro habrá una forma de solucionarlo. Sólo, no saltes —agregó.

— ¿Qué?— pregunté desconcertada, ¿de qué rayos estaba hablando? —

¿Podrías soltarme?, por favor.

Sus brazos se fueron separando de mí, pero aún podía escuchar su respiración sobre mi nuca. Giré sobre mis talones lentamente hasta que terminé de frente a él. A juzgar por su apariencia, podría decirse que él estaba en una peor situación que yo.

Su cabello era un desastre y la ropa que cubría su cuerpo lo hacía ver como un pordiosero, de no ser por la gran cantidad de anillos que llevaba, habría jurado que se trataba de un indigente.

— ¿Qué haces aquí?, ¿quién rayos eres?—cuestioné.

—Lo mismo podría preguntar yo —respondió—. Mi nombre es Christian, y vivo aquí —agregó señalando la casona de lo que parecía ser un restaurante.

— ¿Sueles abrazar a todos los visitantes o es sólo tu manera de hacer amigos?

—Te veías deprimida, pensé que te harías daño. No creí que sólo estuvieras disfrutando de la vista a esta hora de la madrugada.

— ¿Madrugada?

—Son las 2:30

Miré a mí alrededor, apenas podía escucharse el ruido de la ciudad.

— ¿Christian? —su nombre me recordaba a mi hermano.

—Así es —dijo.

—Yo soy Sienna, mucho gusto —dije alargando mi mano para estrechar la suya.

Lo vi dudar, creí que no quería estrechar mi mano así que estaba por retirarla cuando lo sentí asirla entre sus manos. Me pareció extraño que actuara así.

— ¿Quieres tomar algo? —preguntó invitándome a pasar a su "hogar".

Lo miré con recelo.

—Tienes razón —concedió sin que yo hubiera dicho algo—. No deberías estar a solas con un extraño en su propia casa, ¿puedo traerte algo de tomar? —insistió—, aunque sólo tengo jugo y soda. El alcohol no es bueno

para mí —se sonrojó.

—Jugo está bien.

— ¿Naranja o piña?

— ¿Perdón?

— ¿Prefieres naranja o piña?

—El que tú tomes está bien para mí.

Lo vi entrar en esa "casa", a mis ojos tenía más pinta de bodega pero no era nadie para juzgarlo. Me sentí tentada a salir corriendo de ahí, pero creí que sería grosero de mi parte, después de todo "Christian" parecía ser amable y mis tacones no me llevarían muy lejos corriendo. Terminaría siendo cuestionada por el mismo sujeto de cualquier manera.

Puse mi teléfono en marcación rápida al 911 por si acaso, aunque no fue necesario y después me arrepentí de haber actuado así.

Christian salió de su cuarto con un par de botellas de vidrio en las que había vaciado el jugo de piña.

—Sólo tengo vasos de plástico —explicó—. No creí que te gustaría beber en esos.

—Así está muy bien —dije tomando una de las botellas, no iba a darle la oportunidad de ofrecermela que él quisiera, esperé a verlo beber el primer trago y lo escuché decir:

—Está bien, no le puse nada peligroso. Sólo es jugo.

Me sentí muy avergonzada.

—Es bueno que seas precavida.

¿Ese era mi premio de consolación? ¿Era su forma de decir que no estaba molesto?

Bebí el jugo, estaba delicioso. Eso, o yo estaba demasiado sedienta.

— ¿Y cuál es tu historia?, ¿qué te trae a mi muelle a esta hora de la noche? —preguntó.

Suspiré.

—No es bueno...—le escuché decir.

— ¿Podríamos... —dudé un momento—, podríamos jugar un juego?
—pregunté.

—Tú dices cuál...

—Hablamos de lo que queremos hablar y lo que no nos gusta lo dejamos para después... —mantuve la mirada fija en la botella que tenía entre mis manos. Hubo un pequeño silencio, podía sentir su mirada sobre mí.

— ¡De acuerdo!, por mí está bien —colocó su botella sobre el suelo y se llevó las manos a la nuca— ¿De dónde eres?

—De Santa Mónica.

Me miró con suspicacia, no parecía creer en mis palabras. Su mirada se dirigió a mi maleta por un breve momento.

—Hace mucho que no estaba en casa, ahora vivo en San Diego y pasé mucho tiempo en Nueva York —añadí.

—Eso explica los tacones —dijo ahogando una sonrisa.

— ¿Eres de Santa Mónica? —su particular estilo me hacía pensar que, o había salido de Los Ángeles o había venido aquí en busca de una oportunidad allá.

Me miró fijamente, de alguna manera su mirada me hacía sentir incómoda. Esa incomodidad que no te molesta pero te intimida.

—Soy de Atlanta, era músico y vine a dar aquí por eso —respondió de forma tajante.

— ¿Eras músico?, ¿ya no lo eres?

—Es una larga historia...

Que no parecía querer compartir. Un silencio incómodo invadió el espacio, supuse que debía disculparme por preguntar de más, pero él había iniciado con esto de las preguntas y ahora no me quedaba claro cuáles eran las "reglas del juego".

— ¿Y por qué no está en San Diego, señorita "hace mucho que no estaba aquí"? —preguntó con un tono divertido, después de todo parecía que no estaba molesto, y además tenía bonita sonrisa.

—Vine a ver a mi familia —creo que había musitado aquella frase.

Por el silencio que prosiguió a mi declaración imaginé que no me había escuchado.

—No me lo tomes a mal —dijo poniendo fin a mis pensamientos—; pero, si venir a verlos te emociona tanto como para llorar sobre un muelle a las dos de la mañana, yo me habría quedado en San Diego.

No pude evitar reír, por supuesto que no estaba llorando por tener que ver a mi familia. Christian me miró confundido.

—Estoy enferma —admití—, aún no sé cómo voy a decirles.

Los ojos de Christian estaban fijos en los míos, probablemente era una proyección de mis sentimientos, pero por un momento me pareció que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

— ¿Es grave? —cuestionó—, por supuesto que es grave, ¿qué estoy pensando? —se interrumpió a sí mismo.

Me senté sobre el suelo en flor de loto. Estaba cansada pero no quería irme de este lugar.

— ¿Qué clase de músico eras?, digo... Si se puede saber.

Christian se sentó a mi lado, sus piernas colgaban sobre el agua, pareció pensárselo por un momento y finalmente comenzó a contarme parte de su historia.

—Siempre me gustó la música, creo que era lo único en lo que pensaba desde que era niño. Al grado de que era un asocial en la secundaria por estar hablando de música...

— ¿Guitarra? —le interrumpí. Por su apariencia juraba que era un guitarrista.

—Piano —respondió, para mi sorpresa.

Debo haber hecho algún gesto porque respondió con una sonrisa.

—Aprendí con el piano de la señora Williams, mi vecina y profesora de matemáticas —rio—, aunque en realidad con ella tocaba los clásicos.

— ¿Clásicos?

—Chopin, Schubert... —lo vi sonreír, su rostro mostraba un semblante cargado de nostalgia—. Ya llegaría el momento de tocar a Europe y a

Queen —rio de nuevo—, ¡como sea! Unos amigos de mi hermano tenían una banda y les faltaba un tecladista así que apliqué para el puesto y me lo quedé.

— ¿Qué clase de banda? —tenía curiosidad.

—Animábamos bodas y graduaciones, al principio nada importante. Pero nos daba lo suficiente para comprar ropa y golosinas... Después decidimos que queríamos tomarlo más en serio y empezamos a hacer música propia

— ¿Y qué pasó? —estaba ansiosa.

—Empezamos a recorrer algunos lugares y participamos en algunos festivales, incluso pudimos abrir para algunas bandas importantes —se veía feliz—. Pero al final tanta fiesta te aburre y te pasa la factura, y por eso lo dejé —me pareció que habíamos llegado al final de la historia.

Bostecé instintivamente, estaba realmente agotada.

— ¡Perdón!, no estaba aburrida. Es sólo que estoy muy cansada y yo...

— ¿Quieres dormir un poco en mi casa? —cuestionó con amabilidad —, o prefieres buscar un hotel a esta hora.

Dudé por un momento, Christian parecía amable pero no lo conocía.

—Me quedaré aquí para que estés tranquila —agregó ofreciéndome las llaves de su casa.

¿Era broma? Él tampoco me conocía y me entregaba las llaves de su hogar. Bien podía ser una loca que destruyera su propiedad y estaba dispuesto a correr el riesgo. Aun no comprendo porqué tomé aquel llavero, mi cuerpo se había movido por voluntad propia y antes de entrar en su casa le escuché decir:

—Prende la luz, hay muchas cosas en el paso y podrías tropezar.

Lo había dicho sin mirarme, su vista estaba perdida en algún lugar del horizonte. No sabía cómo interpretar todo esto, agradecí con voz baja y entré en el que era su "hogar".

Un espacio no mayor a treinta metros cuadrados, desordenado y con un fuerte olor a tocino. Caminé buscando un lugar para recostarme, hasta que encontré el sofá cama entre la ropa, libros y una guitarra acústica. Busqué acomodar aquellas cosas y encontré la sartén con el tocino frito sobre una parrilla. Eso explicaba el olor.

Su almohada estaba impregnada con el antitranspirante que utilizaba, el aroma me resultó familiar. No era el olor de Sam, él jamás usaría un aerosol de supermercado. Pero mi hermano sí solía usarlos.

Miré a mí alrededor pensando que Sam era el único hombre soltero al que le gustaba vivir en una morgue. Su sentido del orden y su gusto por el color blanco me daban la sensación de que vivía en un refrigerador de supermercado.

A la guitarra le faltaban dos cuerdas, a juzgar por lo cuidada que estaba me atrevería a decir que no la tenía abandonada; sin embargo, no había señales de las cuerdas que hacían falta. Había dicho que tocaba el piano, pero no pude encontrar ningún teclado. Al menos no a la vista. Me quedé dormida con la imagen de aquella guitarra en mi mente.

El ruido del trájín diurno me despertó. En el exterior el sol brillaba de una forma impresionante. El desorden de Christian se hacía más evidente con la habitación completamente iluminada.

Me apresuré a acomodar mi cabello para salir en busca del dueño de la "casa". Christian estaba dormido recargado en el muro junto a la puerta, se abrazaba a sí mismo y una chamarra de piel le cubría las piernas. Me sentí culpable por haberlo puesto en una situación así.

Bajo la luz del sol podía ver sus rasgos faciales con mejor claridad. Su cabello era negro o de un castaño muy oscuro, su piel blanca, labios finos y nariz recta, me había parecido que el color de sus ojos era verde pero podía estar equivocada.

No quería despertarlo, pero dejarlo en esa posición le provocaría tortícolis sin lugar a dudas. Emití algunos ruidos pretendiendo aclarar mi garganta, tuve que hacer eso varias veces hasta que lo vi fruncir el ceño.

—Buenos días —dijo con voz ronca intentando abrir los ojos.

Me coloqué frente a él y saludé ofreciéndole mi mano para ayudarlo a incorporarse. En cambio cuestionó cómo había pasado la noche y se disculpó por el desorden.

De pronto, convivir con él se sentía como si fuéramos grandes amigos.

—No sé tú, pero yo me estoy muriendo de hambre —dijo sacudiendo el polvo de su ropa.

—Déjame invitarte el desayuno —después de todo era lo menos que podía hacer.

Me miró fijamente, dijo que no era necesario y que él podía preparar algo para los dos, pero insistí hasta convencerlo. Me sentía en deuda con él. Caminamos por la costa hasta llegar a un pequeño restaurante y decidimos entrar, Christian dijo que después de la comida del local del muelle éste era el lugar con la mejor comida de Santa Mónica.

— ¿Estás segura de esto? —cuestionó con el menú entre sus manos—, yo como mucho.

—Pide lo quieras, me dará gusto que disfrutes la comida —no estaba para poner condiciones.

Me sentía cómoda, el lugar no era nada ostentoso ni pretencioso. La clase de restaurante al que no había entrado en los últimos años, no con Sam.

La comida estaba deliciosa, justo como me habían prometido. Christian insistió en que probara una gran cantidad de platillos y terminó comiéndose todo lo que ya no pude comer, al final dividimos la cuenta a partes iguales. Él no quiso que corriera por mi cuenta, dijo sentirse "culpable" después de haber comido tanto.

—Creí que tocabas el piano —dije mientras caminábamos de vuelta a su "casa". Me miró extrañado—, encontré la guitarra—expliqué.

Suspiró y soltó un "ajá".

—Los pianos son caros y no tengo espacio —fue tajante.

—Podríamos ir a buscar las dos cuerdas que le faltan —sugerí, de alguna forma seguía sintiéndome en deuda con él. Quería sentir que hacía algo por él.

—No hace falta —sonrió —, de cualquier forma no la sé tocar, sólo la uso para hacer un poco de ruido.

Me preguntaba si lo había dicho para que dejáramos el tema por la paz.

— ¿Ya decidiste cuándo verás a tu familia? —cuestionó mirando el suelo.

Tuve mi dosis de realidad, recordé a qué había venido y comencé a darle vueltas en la cabeza.

—Aún no estoy segura de poder hacerlo —confesé.

Christian se detuvo mirando hacia el mar. Sus manos estaban en sus bolsillos y el viento agitaba su cabello, ahora tendría un buen pretexto

para su peinado.

—No tienes que apresurarte si no te sientes segura —dijo sin voltear a verme.

—No sé si pueda "no apresurarme" —declaré.

Christian me miró de la forma más extraña en que me habían visto jamás. Era una mirada llena de confusión y compasión, algo difícil de explicar.

Me senté en una jardinera y sonreí por instinto. En realidad quería llorar. Quería que me abrazaran.

—Parece que me quedan tres meses —declaré—. Si todo sale "bien"—dije haciendo un ademán con las manos, aquella declaración me parecía irónica.

No hubo palabras de consuelo ni una falsa simpatía por mi situación. Se sentó a mi lado y dijo:

— ¿Y qué quieres hacer?

No había pensado en ello, en mis planes sólo estaba darle la noticia a mi familia y esperar no morir de una forma vergonzosa. Pensaba que ya no había muchas cosas que quisiera hacer.

— ¿Eres casada? —la pregunta salió de la nada.

—No

— ¡Vaya!, pensé que lo eras. Las chicas solteras no suelen ser tan paranoicas —por mucho tiempo pensé que había dicho eso para distraerme.

No pude evitar reír.

— ¿Paranoica?

—Ya sabes, el miedo al jugo y compartir el espacio con un desconocido.

Me sacó una sonrisa, debo haber parecido una loca. Especialmente si pensaba en el hecho de que le había quitado la cama al "enemigo".

—Hace algunos años que vivo con alguien.

—Eso es genial, alguien que puede apoyarte —dijo con una sonrisa en su rostro. Lo miré en forma condescendiente—. Espera, ¿no lo sabe? —este

hombre era adivino.

—Es complicado —busqué justificar.

— ¿Complicado? No entiendo, vives con alguien al que no le puedes decir lo que pasa contigo. ¿Qué clase de relación es esa?

—Sam no es una mala persona, es sólo que no creo que esté listo para manejar algo como esto.

— ¿Y quién lo está?, esas cosas no se planean, ¿sabes? Sólo suceden.

Tenía razón, en el fondo temía que Sam me hiciera a un lado ahora que las cosas serían diferentes, pero cómo reconocerlo frente a alguien de quien no sabía nada.

— ¿Y qué tienes en mente? —preguntó haciendo un ademán.

—No sé cómo hacerlo... Cómo vuelves a casa después de tanto tiempo para anunciar que te quedan tres meses de vida.

—Supongo que lo haces cuando restan tres meses, y no tres semanas —sus palabras me hicieron sentir escalofríos—; a mi modo de ver las cosas, tienes tres meses para despedirte de las cosas que más amas. Quién se moleste o se aleje por lo que está ocurriendo es un idiota, en mi opinión.

—No sé qué decir...

—Eso no lo puedo hacer por ti, pero puedo ir contigo si necesitas que alguien esté contigo.

Lo miré a los ojos, su mirada era firme y honesta. De alguna manera me hacía sentir que podría contar con su palabra. Sus ojos verdes filtrando el sol de California era una de las imágenes que más paz me traía a la mente.

No supe cómo presentarlo ante mis padres, no era fácil llegar a casa de la mano de un hombre que no era Sam y explicar cómo nos habíamos conocido me resultaba aún más incómodo. Chris solucionó el problema diciendo que era un viejo amigo y nadie pareció interesarse mucho por la historia.

Para mi sorpresa, mis padres no habían recibido ninguna llamada de Sam; no sé porque pensé que llamaría a mis padres al percatarse de que no estaba en casa. Tampoco me había llamado al móvil hasta este momento.

No sabía cómo interpretar aquello.

Mi madre estaba muy feliz de volver a verme, me quedó claro que estaba esperanzada de poder ver a Sam en un plazo no muy lejano, después de decir eso unas doce veces durante los discursos de bienvenida no sabía cómo iba a explicar que Sam no estuviera aquí.

Cuando se dirigió a la cocina decidida a preparar algo "especial" para la ocasión sentí una profunda tristeza, de verdad no quería que se esforzara tanto en este momento. No si lo que traía eran sólo malas noticias.

Chris dijo querer conocer el jardín, en realidad yo sabía que quería darnos espacio. Finalmente estaba aquí con mis padres frente a mí, ¿qué palabras usaría?, ¿cómo explicaría lo que ocurría?

— ¡Qué gusto que estés aquí, cariño! —exclamó papá besando mi frente

— ¡Cuánto tiempo! —escuché a mamá decir con una notable nostalgia.

—Yo... —no sabía cómo empezar, ¿cómo se hacen estas cosas?

—Parece que fue ayer cuando Sam y tú anunciaron que querían vivir juntos —continuó mamá, parecía no haber oído mi voz.

— ¿Qué ha sido de él?, ¿están planeando casarse?, ¿cuánto tiempo más lo vas a esperar? —las preguntas de papá eran un tanto incómodas.

—No la presiones así, ¡acaba de llegar! —se quejó mamá, empecé a pensar que papá tenía razón.

— ¡No la estoy presionando!, sólo quiero asegurarme de que ese sujeto la trate como se merece.

—Ahora lo llamas "ese sujeto", la última vez que lo viste estabas muy contento conviviendo con él.

— ¡La última vez que lo vi cara a cara no se había llevado a mi pequeña!

—Podrían... —quería que se callaran.

— ¡Eres imposible! —gruñó mamá.

— ¡Sólo dejen de pelear! —terminé alzando la voz.

Mantenía la mirada fija en el mostrador de la cocina, su blanca superficie me daba la sensación de que sería más fácil ordenar mis pensamientos si sólo me concentraba en esa imagen. Un breve silencio fue interrumpido

por la voz de mi madre anunciando que prepararía café.

— ¡No! —la interrumpí—, espera por favor... —no sabía qué decir, había llegado hasta este punto y no tenía la menor idea de lo que haría de aquí en adelante.

— ¿Pasó algo con Sam? —inquirió papá.

—No, no se trata de Sam —declaré, vi a mis padres tomar asiento como si aquella declaración les hubiese hecho sentirse más tranquilos—. Se trata de mí.

—Todo está bien cariño, sea lo que sea podremos superarlo —dijo mamá tomando mi mano izquierda entre las suyas, dejé escapar una sonrisa; cómo deseaba que esto fuera como en mi niñez, que aquellas palabras fueran suficiente para solucionarlo todo y hacerme sentir bien. No pude evitar llorar, había aguantado lo más que pude y ahora no me quedaba más.

— ¿Qué sucede Sienna? —cuestionó papá, esta vez su tono de voz sonaba severo; supe que había entendido que se trataba de algo serio.

Mamá me abrazó, había añorado sus abrazos por tanto tiempo. Tenía que tranquilizarme, secar mis lágrimas y respirar profundo.

—Estuve teniendo algunos mareos y un par de desvanecimientos en el trabajo, y fui al médico —empecé, supuse que lo mejor sería tratar de explicar cómo se habían ido dando las cosas—, la cosa es... —dudé—. No son buenas noticias.

— ¿Qué pasa? —escuché la voz de mi madre, sus manos presionaban con fuerza mi mano.

—En términos del doctor, tengo una condición irreparable en mi cerebro —los vi empalidecer—. No recuerdo el nombre exacto pero a final de cuentas se trata de un tumor —mamá comenzó a llorar, papá endureció el gesto como si buscara protegerse de esto.

— ¿Cuánto tiempo? —era la pregunta más difícil de responder y no me extrañaba que hubiese sido papá el que tuviera el valor para enfrentar el tema.

—Algo así como tres meses —respondí con voz casi audible.

— ¡¿Y dónde demonios está Sam?! —cuestionó enfurecido.

—Aún no le he dicho —declaré buscando justificar su ausencia.

Papá me miró con suspicacia, mi madre me abrazó con tanta fuerza que supe que era más para reconfortarse a sí misma que para solucionar mi propio dolor.

— ¿Y quién es él? —cuestionó una vez más mi padre señalando con la mirada la ventana.

—Su nombre es Christian —respondí.

—No te pregunté cómo se llama, él mismo dijo su nombre. ¿Crees que lo puedo recordar de entre tus amigos? Además, tiene cierto acento —de las personas a las que jamás podría engañar, mi papá encabezaba la lista.

—Lo conocí ayer, me sentía muy mal y él me escuchó.

— ¿Me estás diciendo que ese sujeto sabe de tu situación pero tu novio de, sabe Dios, cuántos años no? —no sabía si era regaño o una invitación a la reflexión. Papá tenía razón, ¿por qué no le había dicho nada a Sam?

— ¿Podrías dejar eso para después? —interrumpió mamá—. Nuestra hija acaba de llegar a casa con un amigo, y pretendo que tengan una buena comida para que quieran regresar muy pronto. Me importa un carajo si se llama Sam, o Chris, o Paul; mi hija puede venir a su casa con quien quiera y cuando quiera.

Parecía que ese había sido el punto final. Me preguntaba qué era exactamente lo que había ocurrido con la mente de mi madre; una parte de mí supuso que se habría protegido a sí misma omitiendo el tema del tumor.

—Ve a comprar unas cervezas —ordenó a papá— ¿Puedes beber alcohol? —me cuestionó, eso confirmaba que había escuchado bien la conversación.

—Sí, puedo hacerlo —respondí.

Escuché el ruido de la puerta principal cerrándose, papá había salido; me preguntaba si se habría llevado a Christian con él.

—Sé que dijiste que no hay nada que hacer pero... —la vi dudar—. ¿Estás segura de que no quieres una segunda opinión?

Supongo que tenía sentido preguntar eso, probablemente me había dado por vencida demasiado pronto al aceptar el diagnóstico pero, una parte de mí pensaba que si escuchaba el mismo pronóstico en la boca de alguien

más, mis tres meses se reducirían todavía más.

—No sé si quiero volver a pasar por exámenes y laboratorios de nuevo —musité.

—Tienes razón —concedió mi madre—. Ese muchacho, Christian, ¿es buena persona?

Mamá se veía curiosa al respecto.

—A mí me parece que sí

—Es guapo —agregó

— ¡Mamá! —reclamé incómoda.

— ¿Qué?, sólo digo lo que veo

Comenzamos a reír como un par de adolescentes, esperaba que no fuera a decirlo frente a él o todavía peor, frente a Sam.

— ¿Por qué no le has dicho a Sam?

La pregunta de mamá me borró la sonrisa. ¿Por qué no lo había hecho? Creo que ni siquiera yo conocía la respuesta a esa pregunta, incluso yo me lo estaba preguntando.

—Creo que... —me detuve un momento—. Por inseguridad —mamá me miró contrariada—. No lo sé, es sólo que creo que Sam no es lo suficientemente fuerte para soportar esto.

No. En el fondo tenía miedo de que él me dejara por causa de esto.

—No puedes protegerlo todo el tiempo, él también tiene que crecer —dijo ella poniéndose manos a la obra con la comida.

Papá había regresado, escuché el motor de su auto aparcando junto a la casa. El sonido de una conversación que no alcanzaba a entender me hizo saber que Christian lo había acompañado.

Entraron juntos a la cocina, papá colocó las cervezas en el frigorífico al tiempo que invitaba a Christian a tomar asiento frente al mostrador. Parecían entenderse bien.

La carne asada de mamá era una de las cosas que más extrañaba de este lugar. El sabor y el aroma familiar me reconfortaban; era casi como volver a mi infancia. Christian elogió el sabor de la comida; lo había visto comer y sabía que se estaba reprimiendo. Para un hombre que había anunciado

que solía comer demasiado, un filete y ensalada no eran suficientes.

El hecho de que fuera el único en la mesa bebiendo jugo y que mi padre no hubiese sido insistente con la cerveza había captado mi atención; ¿sería que mi padre había conseguido conocer a Christian con una conversación de supermercado?

Nos despedimos con un abrazo apretado, me sumergí en los brazos de mis padres como cuando era una niña pequeña. Pude sentir que mi madre hizo todo lo posible por ahogar su llanto y prometimos estar en contacto mientras estuviera en Santa Mónica; yo sabía que no tenía intenciones de marcharme, creo que había querido volver a casa para despedirme de los recuerdos.

Por un momento estuve confundida respecto a lo que debía hacer ahora; ¿debía buscar un hotel y hospedarme ahí?, ¿o seguiría abusando de la amabilidad de Christian? Quedarme en casa de mis padres era otra opción pero... La realidad era que no sabía qué esperar de mi condición, y tampoco quería hacerles daño.

Reduje la velocidad de mis pasos mientras le daba vueltas al asunto. Christian se adelantó un par de metros y lo escuché decir:

— ¡Hey!, ¿ya te cansaron los tacones?, ¿quieres que te lleve cargando?

No sabía cómo interpretar eso; ¿estaba siendo sarcástico, o era amable?, permanecí en silencio en un estado de confusión. Lo vi regresar sobre sus pasos y tomar mis manos.

— ¿Estás bien? —cuestionó, sus manos eran fuertes y se sentían cálidas.

—Estaba pensando... —comencé mi discurso, en realidad no sabía qué decir. Christian ladeó su cabeza—. No sé si es hora de buscar un hotel, ¿sabes?— lo vi arquear una ceja—; ya pude ver a mis padres, y no creo que sea correcto seguir aprovechándome de tu amabilidad.

Christian apretaba con fuerza mis manos; sin embargo, las mías permanecían inmóviles. Evité a toda costa cruzar mi mirada con la suya. Me sentía un tanto avergonzada. Sentí una de sus manos acariciar mi mejilla y lo escuché.

—Mírame... —recorrí su rostro de abajo hacia arriba con la mirada, en realidad no quería verlo a los ojos—. ¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—No lo sé —admití.

Lo vi sonreír y lo escuché suspirar.

—Vamos a casa —exclamó apretando mi mano y emprendiendo el camino—, ¡me muero de hambre! —agregó.

No pude evitar reír. Caminamos de regreso a casa de Christian hasta que el cansancio por los tacones me hizo claudicar. Descansamos un poco en una banca y él se ofreció a llevarme a cuestas pero eso se ve mejor en las películas que en la vida real, así que cuando se cansó decidí caminar descalza sobre la arena de la playa; por "solidaridad", Christian se despojó de su calzado y regresamos tomados de la mano. Debo admitir que la textura de la madera del muelle no resultaba tan cómoda como la arena pero ya estábamos a nada de estar en "casa".

Si me hubieran preguntado por qué no decidimos abordar un taxi habría mentido diciendo que me había quedado corta de dinero; y aunque esa idea cruzó por mi cabeza, el hecho de verlo a él caminando a mi lado y sentir su mano sostener la mía con tanta fuerza me hizo desear poder pasar más tiempo así, a su lado. Tuve miedo, porque supe que me estaba enamorando.

Capítulo 4

III

Esa noche no pude dormir; Christian me había cedido su "cama" y lo tenía en el piso frente a mí. Se veía tan tranquilo durmiendo, que no pude evitar sentirme culpable por haberle quitado la cama solo para no poder dormir.

Lo había visto cocinar al regresar de casa de mis padres y me había parecido un escenario fascinante. Me sonrojaba de sólo pensar en lo que estaba empezando a sentir por él. ¿Qué pasaba conmigo? ¡Ni siquiera conozco a este tipo! Me dije a mí misma sabiendo que el daño estaba hecho.

En algún momento caí dormida a causa del cansancio. Cuando desperté estaba sola y Christian me había dejado una nota sobre el mostrador de la cocina:

"Parecías estar agotada, no quise despertarte. Ayer fue mi día libre, ahora estoy en el trabajo.

Hay comida en la nevera, siéntete como en tu casa.

—C"

¡Qué vergüenza!, me sentí tan avergonzada al percatarme de que eran las 11:00 am, y yo no tenía la menor idea de a qué hora Christian había dejado esta nota. Además, todavía no sabía nada sobre él, el día anterior lo había estado arrastrando en mis problemas personales y jamás tuve consideración de su propia agenda. Había sido una egoísta.

Revisé la nevera y encontré más envases de jugo que lo que podía comer. Me preguntaba si Christian vivía a base de jugos, y decidí que haría las compras en retribución a las atenciones que el anfitrión había tenido conmigo.

Después de haber tomado una ducha, me preparé un café y revisé mi teléfono móvil; aún no había noticias de Sam, supuse que estaría ocupado en el trabajo.

Hacer las compras me resultó más complicado de lo que imaginaba. Cada vez que me decidía por algo empezaba a preguntarme si sería algo que Christian comería. "No sabes nada sobre él", me decía una y otra vez. Al final, terminé comprando enlatados y bastante jugo de tomate. Cualquiera

que hubiera visto el contenido de mis bolsas pensaría que tenía un fetiche por el jugo de tomate.

De camino a conseguir un taxi, me encontré con una casa de música; la imagen de la guitarra de Christian vino a mi mente y terminé comprando varios juegos de cuerdas. El panorama se hizo complicado cuando me preguntaron el número de las cuerdas que necesitaba, el material de la cuerda y el tipo de guitarra. Así que terminé comprando paquetes de diferentes clases y marcas, Christian ya podría decidir cuál le era útil.

Eran aproximadamente las cuatro de la tarde cuando llegué a la casa de Christian. Me preguntaba a qué hora volvería, y qué debería hacer mientras tanto.

Miré a mí alrededor y decidí organizar un poco las cosas. Si bien el lugar no era un desastre; me quedaba claro que el dueño del lugar no era muy quisquilloso respecto a la limpieza.

Lo más inusual estaba en la cocina. Si bien los cubiertos y vajilla de plástico resultaban más baratos, era un poco extraño no encontrar algo que no fuera de ese material. Además, con el calor de Santa Mónica no estaba segura de que beber líquidos en vasos de plástico resultase muy placentero.

Mis manos tropezaron con una caja metálica parecida a una de herramientas pero que contaba con una cerradura. Originalmente se encontraba debajo de la mesa de la cocina, pero era algo estorbosa. Por más que traté de buscarle un lugar, no pude hacerlo y terminé abandonándola en el mismo sitio en donde la había encontrado. Para ser un objeto tan rebuscado era inusual que estuviera tan ligero. A primera vista parecía estar pesado.

Estaba acomodándolo cuando escuché la voz de Christian.

— ¿Qué estás haciendo? —no parecía molesto pero el tono era severo.

—Bienvenido —saludé —, estaba acomodándolo de vuelta.

Se veía alarmado, por un momento pensé que era el lugar donde escondía sus drogas o algo así. Su expresión facial era realmente alarmante.

Lo vi mirar a su alrededor; se percató de los cambios y sonrió de forma sorpresiva.

—No tenías que hacer esto —insistió.

Me sentía un poco incómoda e insegura por el asunto de la caja. Sabía que su declaración atisbaba agradecimiento, pero era evidente que se

había molestado al encontrarme tocando aquel objeto.

— ¿Estás molesto? —me animé a cuestionar, él pareció sorprenderse por la pregunta.

— ¡Claro que no! —expresó con una sonrisa—, es sólo que esta cosa es muy pesada y podrías lastimarte —mintió refiriéndose a la caja, yo ya sabía que no era muy pesada—. Además, no deberías sobre esforzarte haciendo la limpieza en un lugar como este.

Se dirigió al frigorífico en busca de algo y permaneció ahí, con la puerta abierta por algunos segundos.

— ¿Fuiste de compras?

—No había mucho qué comer, ¿quieres que te prepare algo? —me adelanté a sus movimientos —, aún no he comido nada —añadí.

— ¡Claro! —exclamó con falsa alegría, creo que lo había incomodado.

Christian llevaba una cadena al cuello, y de ella colgaba una llave; me pregunté si se trataba de la llave que abría la dichosa caja.

Comimos sin hacer comentarios sobre lo ocurrido; tuvimos una conversación superficial sobre el presidente y nuestras posturas políticas. Por supuesto, a estas alturas me importaba poco la política, pero al menos sirvió para matar la incomodidad que había generado el incidente de la caja.

Estuvimos hablando hasta que el sueño empezó a hacer estragos en mí. Estaba por dormirme cuando escuché a Christian decir:

—Por mí está bien si quieres quedarte aquí. Puedes hacerlo el tiempo que quieras.

Cuando desperté Christian no estaba, y tampoco la caja...

Capítulo 5

Me sentía bastante incómoda, era obvio que aquella caja era un tema que resultaría problemático; si bien no habíamos discutido, el hecho de que la caja hubiese "desaparecido" me estresaba un poco. Pensé en marcharme, pero salir corriendo por algo que no había generado una discusión, y que probablemente se trataba más de un malentendido, me hizo desistir de abandonar este lugar. Creo que esta era yo tratando de invadir la privacidad de mi anfitrión.

Revisé el teléfono móvil, no había llamadas perdidas ni mensajes. ¿Qué estaba esperando?, o mejor dicho, ¿qué estaba esperando yo?

Llamé a mi madre, quería comer con ella y de alguna forma escuchar la opinión de otra mujer respecto a lo que estaba sucediendo con Sam.

Quedamos a las dos treinta, en el restaurante de un hotel; me parecía un lugar adecuado para hablar con ella, sería lo suficientemente frívolo como para evitar dejarse llevar por las emociones, y lo bastante sobrio para evitar distracciones. Además, tratándose de un hotel, evitaríamos encontrarnos con algún conocido de la familia. Ya tenía suficiente con lo que estaba viviendo como para "ponerme al día" con toda esa gente que dice haberte extrañado tanto que no tuvo tiempo de tomar el teléfono para marcarte.

Revisé mi equipaje, pronto necesitaría una lavadora; miré a mí alrededor y no pude encontrar ninguna. Con la cantidad de ropa sucia que había levantado el día anterior, no me extrañaba que no hubiese una. ¿Qué hacía Christian?, usaba la ropa hasta que no pudiese ser considerada útil, o compraba ropa nueva todo el tiempo... Considerando que esto no era una mansión en Beverly Hills apostaba a la primera opción.

Guardé mi ropa sucia en una bolsa y me alisté para salir. Ya le pediría a mi madre que me permitiera lavar mi ropa en su casa.

Esperé en el recibidor durante quince minutos. Podía escuchar un piano en el fondo. Se escuchaba rítmico y armonioso, mi curiosidad me llevó a asomarme al interior.

Retiraba lo dicho, el restaurante del hotel no me salvaría de encontrarme con alguien conocido. Las manos sobre ese piano eran las mismas que tomaban jugo en mi presencia. ¿Qué iba a hacer?, pedir un cambio de punto de reunión a estas alturas resultaba estúpido. Era extraño que mamá no hubiera llegado a tiempo, ese no era su estilo. De hecho, me había apresurado pensando que ella ya estaría aquí aguardando por mí.

— ¿Fumar o no fumar? —cuestionó la anfitriona que nos llevaría a la mesa.

— ¡Fumar!

— ¡No fumar!

Dijimos ambas al unísono.

— ¿Ahora fumas? —cuestionó mi madre confundida.

Sonreí de forma ingenua, claro que no; ni siquiera tenía cigarrillos conmigo, pero decirle que Christian estaba ahí haría que la anfitriona pusiera al pianista sobre aviso, o al menos eso fue lo que pensé.

—Fumar —concedió mi madre.

El piano estaba lejos y podía ver la espalda de Christian. Mientras mantuviéramos esta posición no sería capaz de encontrarme.

¿Qué estás haciendo? —cuestionó mi madre ante mi actitud.

—Christian está aquí —dije murmurando.

Ella sonrió.

— ¿Por eso escogiste este lugar? ¡Deberíamos ir a saludarlo! —dijo poniéndose de pie.

— ¡No, no, no! —exclamé tomándola del brazo para regresarla a su lugar—, ni siquiera sabía que él trabajaba aquí —admití.

Me miró con suspicacia. ¿Acaso era imposible de creer que no le había preguntado acerca de su trabajo? Regresó a su asiento y comenzó a revisar el menú.

—Todo se ve delicioso —celebró—. ¿Te gustaría probar el buffet? —cuestionó con sorna. ¡Sí claro!, probar el buffet implicaría tener que pasar frente a Christian para servirme.

—No eres graciosa —reclamé escondiéndome tras el menú.

¿Te gusta?

—Sí, todo se ve muy bueno —respondí refiriéndome al menú.

—No estaba hablando de la comida —agregó mi acompañante.

Nos miramos la una a la otra.

¡Mamá! —protesté.

— ¿Qué? No tiene nada de malo, es un muchacho joven y atractivo; y según escucho también es talentoso.

—Salgo con Sam.

— ¿Y dónde está él ahora?, ¿ya te llamó para saber en dónde estás?, ¿ya le dijiste cómo estás?

¡Mamá!

—A mí no me engañas, Sienna. ¿Por qué no le dijiste nada sobre tu condición?, ¿te crees que estoy ciega? Si en verdad se amaran estaría aquí acompañándote, o nos habría hecho ir a San Diego.

Tenía ganas de llorar, cómo le explicas a alguien algo que ni tú mismo entiendes. Empezaba a sospechar que mi reciente sensibilidad estaba relacionada con el tumor. Ultimadamente quería llorar por todo.

—No lo sé...

—No, sí lo sabes y te quieres engañar sola.

La odiaba cuando me hablaba así.

—Creo que me dio miedo.

— ¿De qué?, qué puede ser más aterrador que lo que estás viviendo.

—Creo que Sam va a abandonarme cuando sepa lo que está pasando
—confesé.

Mi madre me miró fijamente, podía sentir mis ojos húmedos y un nudo en la garganta. Qué se supone que iba a decir, personalmente creo que ya no tenía tiempo suficiente para estar hilando historias.

—Si lo hiciera es porque es un completo idiota, y no te merecía desde un principio, tienes que decirle —sentenció.

Decirle... ¿Por qué hablar de ello era más fácil que hacerlo?

—No sé si quiero hacerlo.

— ¿Y qué planeas hacer?, ¿esconderte hasta que sea inevitable y ya no haya nada qué explicar?

— ¡No!

— ¿Puedo tomar su orden? —interrumpió la mesera; ordenamos nuestros platillos y proseguimos mientras aguardábamos por la comida.

— ¿Qué tienes que perder? —agregó —; según lo veo, no importa mucho si Sam decide dejarte por esto, porque tú ya decidiste dejarlo.

—No lo dejé.

— ¿Entonces cuándo te regresas a San Diego?

Mamá tenía razón, pasé toda la tarde pensando en el tema. Si no tenía intenciones de regresar entonces significaba que, tal como había dicho mi madre, ya había dejado a Sam. Por otro lado estaba esa sensación extraña que estaba desarrollando por Christian, y de la que no le había dicho nada a mi madre, aunque creo que ya lo sospechaba.

En casa de mi madre las cosas estuvieron más tranquilas; pude lavar mi ropa aunque no me salvé de las preguntas sobre el tipo de vivienda que Christian poseía, y hasta cuándo pretendía permanecer ahí.

Terminé dándole santo y seña del lugar en el que pernoctaba "temporalmente", y al final mi madre me llevó hasta ahí antes de que anocheciera.

— ¿No quieres que le diga a tu padre que te preste su auto mientras estás en Santa Mónica? —cuestionó ella cuando nos estábamos despidiendo.

—No mamá, eres muy amable; no sé si debería conducir en estas condiciones —la vi entristecer el semblante—; además, no tengo dónde estacionarlo aquí. Pero te agradezco la oferta.

—Descansa mi amor —se despidió con un beso sobre mi frente.

Caminé hasta la cabaña, el ruido del restaurante me pareció entretenido. Parecía que había un buen ambiente. No sé porque me había quedado con la idea de que Christian trabajaba en ese lugar, supongo que la cercanía a su casa me dio para imaginarlo trabajando ahí. Pero si lo pensaba bien eso sería realmente aburrido. Lo imaginaba ir y venir del trabajo sin desviarse de su camino salvo para ir a comprar jugo al supermercado más

cercano.

Pronto serían las seis. Quise hacerme un café, más por impregnar la casa de su aroma que por querer beberlo pero me serví una taza de igual forma. Estaba buscando el azúcar cuando me sentí realmente mareada y de pronto Christian estaba frente a mí, hablando algo que parecía escuchar a través del agua hasta que se fue haciendo audible.

— ¡Sienna!, ¡Sienna! —sus manos estaban frías.

— ¿Dónde estoy? —pregunté al no reconocer los alrededores, el mundo cambia mucho a quince centímetros del suelo.

—En mi cocina, ¿te duele algo?

—No.

—Te desmayaste, ¿quieres que te lleve al hospital?

—No —había pasado de nuevo, la vez que había ocurrido en el trabajo me había sentido realmente avergonzada, comencé a llorar.

— ¿Qué pasa?, ¿te duele algo? —cuestionó.

—Estoy muy avergonzada —admití.

Sentí sus brazos rodear mi cuerpo y me cargó hasta colocarme sobre el sofá cama.

—No seas tonta, no es algo por lo que avergonzarse —me dijo acariciando mi cabello—, ¿ibas a tomar café? —Asentí con la cabeza—. Yo también quiero uno.

Se levantó y lo vi servir las tazas. Supongo que la que había servido ahora estaba fría.

— ¿Lo tomas con crema y azúcar?

—Sólo azúcar, por favor —dije indicando con mis dedos que tomaba dos cucharaditas de azúcar.

Christian trajo el café y se sentó a mi lado, acomodó un mechón de mi cabello detrás de mi oreja y cuestionó:

— ¿Te encuentras mejor?

Asentí una vez más, y empecé a pensar en el hecho de que Sam me habría hecho recoger "mi desastre". Había muchas cosas sobre el suelo de

la cocina, y no pude evitar pensar que mi "caída" había sido muy estrepitosa.

—Voy a levantar el tiradero —declaré tratando de incorporarme.

— ¡Nada que ver!, termina tu café y descansa, yo recojo eso —dijo él adelantándose a mis movimientos.

Tenía que dejar de hacer eso, si seguía comparándolos me sentiría aún peor por lo que estaba sintiendo por Christian.

Gracias por leer "I'll follow you", esta historia está disponible a la venta en Amazon, Smashwords y otras librerías.

Gracias por apoyar el trabajo de los autores